

En el capítol novè, i a mode de conclusió, els autors valoren l'actual model energètic i el seu funcionament, presentant les seves pròpies propostes per a l'enfocament de la qüestió energètica. Tanmateix s'analitzen els darrers esdeveniments internacionals que han estat molt en relació amb el tema, a fi de remarcar el caràcter actual de la qüestió de l'energia i d'emmarcar l'obra en el panorama actual d'eclosió social mundial.

Finalment, en el capítol desè i a manera d'apèndix, els autors ofereixen informació útil de consulta sobre les principals unitats de mesura energètiques i les principals relacions entre aquestes. La dispersió amb què apareixen tractades en les fonts d'informació sovint incrementa la confusió del lector i de l'usuari sobre el tema.

Així doncs, es tracta d'una obra de divulgació científica, com també d'un manual de consulta, molt bàsic, en el qual, es dona a conèixer un tema de rellevància social molt actual, com és el tema de l'energia, tot desgranant profundament i detallada les diferents parts del sistema energètic global i el seu funcionament, exposant de forma precisa l'articulació existent entre model energètic, sistema social i medi ambient.

Núria Valdovinos

**Jackson, Peter, (1989), *Maps of meaning: an introduction to cultural geography*, London, Unwin Hyman, 213 p. 20.00 hardback, 8.95 paperback.**

De la misma manera que vemos multiplicarse las referencias al proyecto de una «nueva» geografía regional, Peter Jackson expone en su último libro las ideas que tienen como fin ser integradas en la

redacción de una «nueva» geografía cultural. No se trata, evidentemente, de una fortuita coincidencia de discurso verbal.

Ya hace algunos años que la Geografía Humana se ve enfrentada al desafío que representa el (re)descubrimiento de la espacialidad por parte del conjunto de las ciencias sociales. Proliferan entre ellas las referencias al espacio, tanto en lo que concierne a las dimensiones locales y regionales de los fenómenos como a su extensión territorial. Los centros de gravedad y las fronteras de los diferentes dominios disciplinares se redefinen. Las interpretaciones conceptuales se revisan. La interdependencia entre los diversos campos de conocimiento es un hecho asumido, así como la interdisciplinariedad entre prácticas científicas es una realidad consumada.

«Teoría social contemporánea» es, actualmente, la expresión más *in* en el debate teórico en ciencias sociales. Anthony Guiddens y la Sociología inspiran directamente la proposición de estructuración que encierra. Segunda «coincidencia»: también Peter Jackson hace apoyar lo esencial de la agenda que escribe para la «nueva» geografía cultural en el amplio recorrido de convergencia intelectual que, siguiendo muy de cerca lo que se puede reconocer en el trabajo de Raymond Williams, tiene en la Sociología (marxista, en este caso) una de sus trazas maestras.

En resumen, se solicita que la Geografía Humana descubra o actualice las grandes líneas de su horizonte teórico, y lo hace de acuerdo con el diapasón pensando (como dominante) para las ciencias sociales; y es, en fin, su dimensión explícitamente cultural la que busca un realineamiento simultáneo a partir del ejemplo que le llega de los estudios cultu-

rales contemporáneos practicados en otras ciencias sociales.

Toda renovación presupone un ejemplo de partida, del cual después se diverge. Naturalmente la tradición de la geografía cultural que se adivina detrás de las innovaciones que Peter Jackson propone no es aquélla que durante muchos decenios ha iluminado la «mitad» del universo académico, es decir, la tradición de la Escuela Francesa, o más exactamente aquella que ha sobrevivido como herencia de las «heterodoxias» de Jean Bruhnes. Se trata ante todo, como sería de esperar, de la tradición que se identifica con la práctica anglosajona, y notablemente de la idea de la geografía cultural que se asocia a la figura de Carl Sauer y a la herencia de «su» escuela de Berkeley. Por otra parte, y tal como nos tiene habituados por otros trabajos, Peter Jackson es aquí suficientemente prudente cuando nos advierte del hecho que el que escribe se limita al horizonte empírico que mejor conoce, dejando así la tarea de comparación (particularmente importante en geografía cultural) al lector, y en especial a quien tiene delante de sí un horizonte objetivo diverso.

Peter Jackson considera como esencial el hecho de liberar el discurso tradicional de la geografía cultural de una atención restringida (por exclusiva) a la expresión física de los paisajes. Tal como fue inaugurado por Sauer, el estudio de los paisajes culturales habrá favorecido la observación de las formas materiales de la cultura que en ellas se revelan. La idea de paisaje cultural se considera como el resultado de la acción misma de la cultura sobre el medio. De una cultura que se identifica así como una tradición, escapando del presente y de su análisis. Y de

la cultura, y no de los hombres o de las sociedades, subraya.

Para actualizar este discurso, Peter Jackson propone una aproximación radical entre la geografía cultural y el materialismo histórico, procurando con ello sintonizar el discurso de la primera con aquélla que en el presente más atenciones recibe por parte de las ciencias sociales. Una aproximación de esta naturaleza reclama una innovación de fondo: referirse al modo como las culturas se construyen humanamente por medio de prácticas sociales específicas. Quiere esto decir que se deja de ver la cultura como una expresión de una «Gran Tradición», sustituyéndose de esa forma una visión de cultura de élite por otra que engloba una multitud de culturas y de relaciones sociales a través de las cuales esas múltiples culturas se producen y reproducen. Se privilegia, pues, el tratamiento del contexto social, tratamiento considerado inexistente en Sauer, así como en las direcciones que más tarde fueron propuestas a la geografía cultural por los desarrollos de la geografía humanista.

El cambio sugerido y descrito en la manera de considerar la noción de cultura concibe que ésta se encuadra en contextos históricamente condicionantes y geográficamente específicos. De ahí que, concluye Jackson, se espera que la geografía cultural deje de tratar únicamente la distribución geográfica y los «testimonios» culturales más o menos adquiridos, para enriquecer el universo general de estudios culturales interrogándose sobre el sentido más amplio del conjunto de los contextos indicados.

La abertura de estas nuevas sensibilidades, la reteorización implícita del concepto de cultura, así como su evaluación

desde el punto de vista geográfico, llevan a que se considere la Geografía, no como accidente en la alteración de las circunstancias culturales, sino, sobre todo, como fundamento de la propia construcción de la cultura: del mismo modo que se entiende que la cultura se construye socialmente y se expresa en el espacio, se considera que también se construye espacialmente.

La revisión de un concepto como el de paisaje es probablemente el producto más neto de las nuevas actitudes que buscan hacer dialogar distintos dominios culturales con las dimensiones social, económica y temporal subyacentes. Es así que la visualización y el análisis espacial de una reconocida pluralidad de culturas —las cuales se jerarquizan de acuerdo con una escala de «poder cultural» que tiene implícitas relaciones de dominación/subordinación—, se traduce en un paisaje cultural ampliado a dominios como el de las relaciones de género (manifestadas de modo diverso en distintos mercados de trabajo, por ejemplo), el de las relaciones raciales (expresiones espaciales diferentes en tiempos diferentes y de acuerdo con condicionantes dictados por el cambio de circunstancias históricas y geográficas), el dominio de los espacios público y privado considerado a escala urbana (contemplando los problemas resultantes del control social), el dominio de las políticas de lenguaje, etc.

Leyendo atentamente *Maps of Meaning*, anotando las críticas hechas al culturalismo y al idealismo en general, la cuestión que con más insistencia nos planteamos es la de saber hasta qué punto la opción que en ella se defiende, favorable a una «geografía cultural materialista» (es decir, a un análisis materia-

lista de la cultura o, si se prefiere y siguiendo de cerca ejemplos como los de D.E. Cosgrove o los de N.J. Thrift, una opción por una «geografía cultural reconstituida»), no será una argumentación que muy difícilmente escapa a una tentación determinista, en este caso de raíz económica. Favoreciendo una visión de la cultura que es un reflejo de las condiciones materiales de la existencia, ¿cómo puede evitarse que ésta sea vista como mero producto de las fuerzas económicas?, o recurriendo al *cliché* de teoría marxista, ¿cómo puede evitarse un determinismo de tipo estructural, por ejemplo, de la «base» sobre la «superestructura»?

Peter Jackson enfrenta la cuestión recurriendo a la solución propuesta por Raymond Williams en *Marxism and literature* (1977), considerándola válida para la geografía cultural: «it is not “the base” and “the superstructure” that need to be studied», escribe Williams, «but specific and indissoluble real process, within which the decisive relationship, from a Marxist point of view, is that expressed by the complex idea of “determination”» (Williams, p. 72). De esta manera, revisando la interpretación de la palabra «determinación», se pretende clarificar el alcance del principio específico y real que limita y sujeta la experiencia histórica a condiciones muy concretas, pero que, justamente porque las múltiples fuerzas de determinación estructuradas de acuerdo con situaciones históricas particulares, garantiza un cierto margen de «libertad» a la acción humana. Una «geografía cultural reconstituida» que asimila estos principios —defiende Jackson— estará más preparada para admitir toda una serie de implicaciones y de tensiones que, en su

pluralidad, contribuyen a definir los cuadros sociales y culturales particulares, del mismo modo que las diferentes formas de comprenderlos y de representarlos.

Al lector, creemos, le toca ahora evaluar si todo esto será suficiente para colocar el espacio de convergencia teórica y metodológica que Peter Jackson reclama para su propuesta, en un terreno que no se limite al de un («renovado») debate interno de Geografía Radical.

*Francisco Roque de Oliveira*

**Knox, P. i Agnew, J. (1989), *The geography of the world economy*, Londres, Edward Arnold, 410 p.**

Tal com afirmen els seus autors, aquesta obra està concebuda com a llibre de text i sota una perspectiva global. Es tracta d'una introducció a la geografia de l'economia mundial que es recolza en el convenciment que la creixent interdependència de l'economia significa que «el benestar econòmic i social de les nacions, regions i ciutats, depèn, a tot arreu i cada vegada més, de relacions complexes i subtils que es dibuixen a escala global... i està determinat de manera creixent, pel seu rol canviant en els sistemes de producció, comerç i consum, els quals han esdevingut globals en la seva extensió i complexos en l'estructura». L'obra resulta, ahora, ambiciosa i atractiva. No és solament un volum de geografia econòmica que no segueix els models tradicionals d'explicació dels canvis econòmics, sinó que intenta dibuixar la complexitat del món real mitjançant la comprensió dels «processos» que originen la diferen-

ciació espacial i la variabilitat local dins d'un mateix context general, i explicar, en definitiva, com es produeix l'evolució d'un paisatge econòmic.

El volum està dividit en quatre parts subdividides en capítols. En la primera, «Els models econòmics i la recerca d'una explicació», s'hi presenten els grans models de paisatges econòmics a diferents escales (internacional, regional, interurbana) en els quals es puguin identificar els models dominants i ressaltar-hi llurs principals excepcions. En el capítol tercer d'aquesta mateixa part, «Comprendre els paisatges econòmics: de l'estàtica a la dinàmica», és on es defineix el mètode d'anàlisi i d'interpretació dels paisatges econòmics que s'utilitzarà en la resta de l'obra. Els autors hi assenyalen el seu interès a demostrar que els principis bàsics de la teoria de la localització tradicional (distància i moviment) han estat usats d'una manera limitada i només per construir models estàtics, i no com a principis geogràfics «conductors de les pràctiques d'un sistema macroeconòmic històricament canviant, global i dinàmic. En definitiva, ja no són les xarxes hexagonals o les agrupacions regionals els elements d'anàlisi que permeten entendre la realitat, sinó els processos històrico-geogràfics els qui provoquen els canvis en els models espacials, i és des d'aquest punt de vista on radica un dels elements més interessants de l'obra.

En la segona part, «L'aparició de les Economies Centrals», s'hi analitza el procés històric de sorgiment d'una economia d'abast mundial, com aquesta s'anà centrant a Europa, com es consolidà amb l'emergència del capitalisme mercantil i quins foren els canvis urbans i regionals que provocà. S'hi estudien